
Reconfigurar, reaprender y re-sentir: la plástica del metal hacia la reflexión desde el horror.

Entrevista a Kai Gabriela

Sergio Miranda Bonilla
Universidad de Guanajuato
sergiomirandabonilla@gmail.com
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3136-6406>

Kai Gabriela es una artista visual multidisciplinaria, que en sus propias palabras “explora ilustración análoga y digital, investigación, realización de contenido para redes sociales y otras plataformas, diseño gráfico y arte independiente bajo un discurso personal con variedad de técnicas”. La artista de 23 años creció en la zona sur de la Ciudad de México, ha participado en diversas actividades del Seminario de Estudios en Heavy Metal, y en la música metal y sus estéticas encontró una manera de comprenderse y dar sentido a su expresión gráfica.

El 11 de noviembre de 2022, Sergio Miranda Bonilla entrevistó a Kai Gabriela para *Lenguas Radicales* y el Seminario de Estudios en Heavy Metal en un céntrico café de la Ciudad de México.

SMB: Te llamas Gabriela, pero ¿por qué te nombras Kai?

KG: Ese seudónimo lo elegí a los 16 años; aún no despegaba mi carrera como artista visual, pero era un nombre que me gustaba adjudicar a mi yo creativo. Después leí la saga *El Valle de los Lobos* de la escritora española Laura Gallego García; uno de sus personajes se llama Kai, que significa “compañera” en una lengua arcana inventada por la autora, aunque en realidad en japonés significa algo relacionado con el agua. En ese momento yo elegí las artes como mi compañera de vida. Llámame Kai es un constante recordatorio de que el arte siempre va a estar ahí para mí.

SMB: ¿Qué aspectos de tu historia te atrajeron al arte?

KG: Desde pequeña tuve la fortuna de convivir con personas que, aunque no se dedicaban a las artes, sí tenían cierto gusto y capacidad de apreciación. Una tía mía es maestra y tenía un gusto muy especial por las artes visuales, me enseñaba muchos libros ilustrados, me hablaba sobre mitología... Y eso fomentó mi capacidad de maravillarme. Tengo muy presente la primera vez que mi tía me llevó al Palacio de Bellas Artes a ver los murales, posteriormente pasamos al área de la librería. Ahí había hasta libros para niños, pero yo me fui por los catálogos, y en uno de esos vi el *Saturno devorando a sus hijos* de Goya: para mí a los 7 años fue bastante impactante entender lo que estaba sucediendo en esa imagen cuando mi tía me la explicó, no en un sentido de temor, sino que yo no podía entender cómo estaba eso en un libro que debía de ser valorado, porque para eso son los museos. Esa imagen se quedó guardada en mí para siempre. A partir de ahí me di cuenta de que había cierto tipo de imágenes que me causaban no sólo asombro sino curiosidad, miedo, asco, y que eso no era malo, sino parte de una experiencia que yo no había conocido hasta ese momento.

SMB: ¿Qué es la imagen para ti?

KG: Va a sonar muy a Da Vinci, pero es una puerta a otros mundos. La posibilidad de que lo que está ocurriendo en mi mente también esté ocurriendo en un soporte digital, impreso, etcétera. Es la posibilidad de hacer realidad un mundo nuevo, incluso realidades que creemos no posibles, utópicas o distópicas.

SMB: ¿Cuál es tu relación con la música metal?

KG: Es muy íntima, la frecuento muy seguido, me gusta mucho. No me gusta mucho usar el término *metalera* porque trae cargas sociales y significativas. La sociedad forma una serie de conceptos con los que yo no me siento muy identificada, o reglas que un metalero debe respetar, y no me gusta encerrarme en eso. Pero en realidad mi gusto musical es en su mayoría metal.

SMB: ¿Qué encuentras en el metal que te identifica? En términos de tu historia, ¿cómo fue que accediste a este ámbito?

KG: No es que mi familia tenga predisposición o gusto particular por esta música, acaso mi papá. Actualmente ya no escucha rock y metal, pero cuando yo era pequeña él fue el primero que me enseñó bandas como Scorpions, tal vez Rammstein, Metallica, como música que él disfrutaba; él no estaba tan clavado con esos géneros y no tenía esa presuntuosidad de “eso es metal, es la onda”. Yo tenía tal vez once, doce años. No es que yo tuviera problemas tan fuertes como con los que ahora identifico a partir de la adolescencia, cuando me empecé a relacionar con el metal como una catarsis, pero al principio sí me fue fácil digerir este tipo de música, yo siempre me mantuve abierta muchos muchos tipos de estímulos. Cuando conocí esta música simplemente me hizo “click”, y comencé a indagar más. Ya en la secundaria conocí a un amigo que también estaba en eso. Sólo hubo una persona en toda mi etapa de secundaria con la que compartí ese gusto y ese interés, con el que intercambié bandas, discos, intereses, platicar lo que pensamos acerca del movimiento.

Yo recuerdo que, entonces, para cualquier problema que tuviera, como no saber cuál era mi camino o asuntos clásicos de adolescencia, había una canción que me podía hacer sentir mejor al respecto. Cuando me peleaba con mi papá, por ejemplo, porque es súper conservador y claramente no entendía el metal a pesar de que él me había enseñado las primeras bandas de rock, yo escuchaba, por ejemplo “The philosopher”, de Death, canción muy profunda, y yo: “es que no estás reflexionando lo suficiente”. Esas primeras reflexiones acerca de las cosas positivas de la vida y que se proveen para una infancia feliz, de las que depende mucho el desarrollo de una persona. Te das cuenta de lo que a veces puede causar decepción, y ahí entra por ejemplo el black metal depresivo, que en su momento llegué a escuchar y que me hacía sentir como que alguien ya había sentido esto, o peor. Empecé a tener conciencia de las letras. Aunque esa música calmaba las aguas de mi ser, en realidad es una música muy profunda, letras que me quedaban muy grandes para los problemas que yo estaba teniendo.

SMB: ¿Te gustaría encontrar más personas que lo compartan?

KG: Sí, pero eso es algo muy dicotómico en mí. Muchas veces en este ámbito hay de dos: o te cuestionan o buscan otro tipo de interacción. He tratado de tener alguna “bolita” de personas, hombres y mujeres, con los cuales poder asistir a conciertos, compartir esto, incluso como a la vieja escuela, porque a mí no me tocó tanto lo de intercambiar discos y recomendarse bandas, a mí me tocó internet. No es la misma experiencia. No me ha pasado que me cuestionen, pero sí que se malinterprete el interés musical común por la expectativa de un vínculo romántico, y en cuanto yo empiezo a notar está interpretación me decepciono un poco, porque puede ser que ya para ese entonces haya compartido lo suficiente para esa persona respecto a la música, y pienso que nunca voy a poder tener un “crew”, una bola de “amixes” para poder salir y cotorrear. Sigo trabajando en eso, pero es necio de mi parte querer alejarme de una escena que disfruto. Pero cuesta trabajo, desde ir sola a un concierto y que se convierta en que te acosen, es difícil.

SMB: ¿Tiene que ver con el hecho de que eres mujer?

KG: Odio decirlo pero supongo que es por eso. Todas las interacciones que veo desde que crecí, los grupitos de personas que se juntaban a escuchar metal, casi siempre eran hombres. Hasta recientemente, tal vez en el Seminario (de Estudios en Heavy Metal) encontré un grupo de mujeres, pero antes de eso un grupo de chicas y chicos con el que me pudiera juntar, no: siempre era de puros hombres.

SMB: ¿Es machista el metal?

KG: Sí. Conclusión: totalmente (ríe). Se están haciendo intentos porque deje de ser así, pero aún predomina esa ideología.

SMB: Dejando un momento el metal en suspensión, ¿qué puedes decirme del arte gráfico como ejercicio comunicativo, como ejercicio expresivo?

KG: Personalmente, y esto es una opinión muy personal, no pretendo que sea una regla, creo que el arte, las artes visuales, las imágenes como expresión, son tan solo la incapacidad de expresarse en otros ámbitos, contrario a lo que la mayoría cree. Lo que piensa la mayoría es que el expresarse a través de las imágenes y de las artes es una cualidad extra, un don o una capacidad especial. Pero yo creo que es más bien la falta de la capacidad de expresarse de otras maneras. Yo puedo sonar muy elocuente respondiendo preguntas y demás: si me guían. Pero la realidad es que cuando se trata de expresar lo que verdad siento, nunca se me ha hecho fácil, tanto lo positivo como negativo. Entonces yo desarrollé esa manera de comunicarme desde muy pequeña porque no tenía otra manera. Siempre he sido muy impulsiva, y las imágenes me ayudan a pensar un poco y a concretar mejor lo que quiero expresar, porque a veces las palabras no me encajan. En la adolescencia era mucha la incomprensión que yo sentía de mi familia, que es muy conservadora, en cuanto a mis gustos e intereses. La manera que yo tenía de tal vez no llevar a cabo acciones violentas para demostrar esa inconformidad era más bien dibujándolas. Y no le hacía daño a nadie.

SMB: ¿Te lo llegaste a plantear?

KG: Hasta más grande. Claro que llegué a pensar en escaparme de casa. Era eso o dibujar. Y claro que dibujar me daba más tranquilidad, y ver una imagen fuerte que tal vez incomodara a mis papás, a mí o a quien sea, me daba más tranquilidad y satisfacción, o calmaba eso que yo sentía: lograr un impacto en las personas. Ver las imágenes que yo creaba, buenas o malas o con falta de experiencia, me daba la tranquilidad de que estaban entendiendo el mensaje: que yo me estaba sintiendo mal.

SMB: ¿Cómo tenías retroalimentación: presentabas tus imágenes?

KG: Sí. Aunque siempre he tenido esa inseguridad un poco latente de la cual es difícil deshacerse respecto al trabajo propio, también siempre he tenido casi en el mismo porcentaje esa necesidad de mostrarlo y de ver la reacción de las personas. Yo buscaba de una manera u otra demostrarlo pero dejando la posibilidad de que quien no quisiera simplemente lo expresara.

Por ejemplo, cuando estaba la escuela me encantaba rayonear mis cuadernos, pero no dibujitos en el margen, sino verdaderos rayones: personas descuartizadas, para que la maestra o alguna compañera vieran un mensaje directo: algo no está bien, esta persona no se siente bien. O dibujar en los pizarrones una imagen que pudiera estar al alcance de todos pero que pudiera ser borrada si era deseado, para yo saber si era una imagen deseable o indeseable. Cuando lo hacía no me daba cuenta de qué era lo que buscaba, simplemente era mi yo creativo expresando sentimientos. Hoy por hoy sí puedo entender un poquito más, y era eso: era demostrar a la gente que se puede expresar emociones con recursos diferentes a los que estamos habituados. Entonces yo le podía hacer una carta de amor a un novio de la secundaria, y dibujaba una chica con un pastel hecho de desperdicios humanos. ¡Y en realidad un pastel del amor, porque lo había hecho con amor! Ese discurso un poquito contradictorio en el que tienes que reflexionar cuál es el verdadero mensaje: me gustaba dejar que las personas lo hicieran, y eso se volvió muy placentero.

SMB: ¿Hay un mensaje en tu trabajo o está sujeto a la interpretación? ¿Es *opera aperta*?

KG: Sí, lo es. En mis inicios de expresión gráfica sí era muy concreto. Pero actualmente ya busco que tenga ambos: tanto el mensaje que yo quiero depositar como elementos que puedan ser interpretados en asociación libre. Con el tiempo me he dado cuenta de que es muy enriquecedor para mí saber qué es lo que ven otras personas, que quizá no tenga nada que ver con lo que yo les quería hacer ver.

SMB: ¿La gráfica es un lenguaje?

KG: Sí.

SMB: ¿Cómo se coloca frente a las lenguas naturales?

KG: Trabaja con símbolos y con diferentes intenciones, así como nuestras palabras y el modo en que las transmitimos. El lenguaje tiene cierta intención, tanto en el tono en el que transmitimos las cosas como cada palabra con su respectivo concepto. La gráfica trabaja con símbolos y con intenciones, y qué decir del color que también tiene en sí mismo estas dos cosas.

SMB: ¿Te ha ocurrido que tus espectadores no entiendan esa intención? ¿Que suscite algo diferente a la intención original?

KG: Sí. De hecho es muy curioso. A pesar de que yo hago mucho uso de símbolos, arquetipos y demás, cuando yo creo que una obra está siendo lo suficientemente clara, nunca es así. Porque cuando ya la ve alguien más, conforme mi obra ha avanzado y se hace tal vez un poquito más alegórica, siempre hay una variedad de interpretaciones. Las piezas que he realizado en los últimos cuatro años, aunque las hice con un concepto bien definido, bases teóricas, estéticas y demás, la gente interpreta lo que quiere. Y eso es "padre", no lo digo como algo malo. Luego, ya no siento que tenga esa capacidad de transmitir mensajes tan concretos, cada vez es más abierto, a pesar de que yo sepa cuál es el mensaje.

SMB: ¿Es algo positivo, no sientes que no te están entendiendo?

KG: Lo considero totalmente positivo porque mi interés principal ya no es que entiendan exactamente el mensaje que yo estoy concibiendo. Mi interés primordial sería compartirlo. Ya es más una necesidad primordial crear, que ver las reacciones. Yo transmitirlo, yo poder aterrizar para mi paz mental. Y creo que aportar a la estética de lo contemporáneo en realidad es que ya no me importa mucho si el mensaje es captado así tal cual yo lo pensé, mientras estéticamente funcione.

SMB: ¿Cómo es la relación entre la forma y el contenido en la gráfica asociada a la música metal?

KG: En principio a mí me gusta mucho trabajar con formas básicas que se descomponen. Me encanta este término porque la descomposición puede ir desde una forma que termine en otra diferente a la que inició, o en el sentido más orgánico de la palabra. La forma es algo estable con la posibilidad de transformarse. Como un círculo: puede ser una forma básica, pero al ser tan básica puede ser tan flexible que lo puedes convertir en lo que sea. Eso es descomponer la forma. Y si a eso agregas que sea un círculo putrefacto, hecho de materia orgánica, para mí cobra más sentido, porque pudiera estar hablando de un ciclo. Estas asociaciones, desde lo más simple hasta lo más rebuscado, son las que yo trato de hacer casi con cada forma: círculos, espirales sinuosas. Me gustan este tipo de formas curvilíneas más que las rectas. Pero a veces las rectas también funcionan para transmitir otro tipo de sensaciones.

SMB: ¿Para ti qué caracteriza la gráfica del metal?

KG: Cuando lo descubrí, sentí la esperanza de que podría dedicarme a las artes. Lo que yo veo en el metal es que lo considerado gusto en el sentido más general e impopular de la palabra, creo que se vuelve un poco lo que el metal quiere evitar. En principio el metal busca imágenes que impacten, no que el espectador quede indiferente o que le den igual sus representaciones visuales. Ya desde ahí siento una afinidad, porque es lo que yo en un principio buscaba: que hubiera una reacción, positiva o negativa. Y lo que específicamente me gusta del metal es curioso, porque en los metaleros genera una reacción positiva debido a que ya hay un entendimiento de las imágenes. Pero en las personas que no pertenecen, digamos, a esta tribu urbana, los no metaleros, genera un rechazo. Es como un arma de doble filo, un efecto dual que permite ver la capacidad de alcance de una imagen. Obviamente hay sus excepciones con ciertas bandas que son más minimalistas, pero es una generalidad en el metal buscar ese impacto y no simplemente pasar desapercibido o agrandar.

SMB: ¿Te gustaría que ese código fuera entendido por más personas, o es importante que se mantenga en un nicho, en esa tribu urbana que mencionaste: que se mantenga como patrimonio de algunos?

KG: Es una pregunta difícil. Creo que para que conserve su impacto sí debería quedar en nichos. Pero no significa que sea lo mejor. Lo más favorable tanto para las artes como para los metaleros no

sería que pasara a ser digerible en todos los ámbitos, pero sí que tomara más importancia a nivel artístico contemporáneo, como en las estéticas alternativas. Conforme fui creciendo me di cuenta de que no es sólo una cuestión de impacto, sino que hay teorías estéticas detrás de todo lo que genera la visualidad del metal. El hecho de hacer esto un poco más académico, si quieres, un poco más formal a nivel artístico, valdría mucho la pena y permitiría que llegue a más personas.

SMB: ¿Qué distingue el arte gráfico relacionado con el metal en México frente a lo que se hace en el llamado norte global?

KG: La gráfica de México especialmente, tal vez también de algunos países de Sudamérica, es la violencia más realista que se vive. Noto que prolifera una visualidad violenta que hace referencia a la muerte como se vive en México. Justo esta cuestión que yo tenía asociada desde muy temprana edad, por ejemplo a la adolescencia, cuando yo más miedo tenía de salir, era el miedo a desaparecer, ser descuartizado, ser prostituida, creo que estos miedos son reflejados en la manera de ilustrar ciertas portadas, de hablar de ciertos temas en canciones. En cuestión brutalidad, incomoda bastante. Seas metalero o no, estas imágenes te pueden perturbar porque conoces la realidad en la que vives. Definitivamente en México están representadas más cuestiones relacionadas con la corporalidad, la desigualdad social, temas políticos. Todo eso se ve representado desde en las portadas hasta en las letras.

SMB: ¿Esta representación está sublimada o es más realista, más naturalista?

KG: Ambas. No creo que haya bandas que representen románticamente la violencia como tal, es más bien esta necesidad exacerbada de transmitirla, de denotarla, que puede ser mal interpretada como una necesidad de llevarla a cabo. Creo que hay bastantes coincidencias entre lo que se hace en México y en Latinoamérica. Desde uruguayos que pueden hablar de la desigualdad social y los gobiernos hasta personas en Tijuana que hablan de desapariciones o negligencias médicas, justo por esa falta de protocolos y proliferación de corrupción. ¿En qué otro lugar hablan de negligencias médicas como las bandas Unidad Trauma o Medical Negligence?

SMB: ¿Cuál es el gran aporte de la gráfica metalera al arte universal?

Las portadas y todo el arte gráfico que acompaña al metal se han encargado de demostrar que algo que es horrible puede ser considerado una obra de arte. Lo ha dejado en claro, lo ha sostenido desde que surgió hace más de 50 años, lo ha abordado de una y otra manera y ha logrado que las personas puedan verse reflejadas en sentimientos negativos sin sentirse culpables por eso.

SMB: ¿Alguna reflexión final?

KG: Después de pasar por un proceso de entender la brutalidad de las imágenes, comparto mi interés actual en el que espero seguir indagando y encontrar más personas que lo compartan, a través de estéticas disidentes que transgreden, que cuestionan, pero también a las reflexiones trascendentales se pueden conseguir a través de eso.

Pienso, por ejemplo, en las portadas de Cattle Decapitation y en la cuestión del veganismo, del maltrato animal, la cuestión ambientalista, los miedos reales. No es algo que incumba solo a los metaleros, son asuntos de la humanidad en la que la oscuridad se está haciendo presente. Y si el arte ya consiguió dejar claro que se puede aprender también a través del horror, no se trata ahora de mantener el horror como algo romántico, sino como un paso a una reflexión más importante sobre nuestra responsabilidad personal en los grandes temas. Si las imágenes de lo que consumes de manera más personal, como en Spotify, te están recordando que hay un problema, te hacen reflexionar y tomar acción, eso es lo que me interesa. Creo que ese es el próximo paso, que no se queda solo en un impacto sino que provoca la reflexión real. Y es una tarea pesada, obviamente, porque hay que reconfigurar, reaprender cosas y re-sentir.

SMB: ¿Hay esperanza?

KG: ¡Mi exposición en el Congreso de Horror y Metal en Perú trata sobre eso! La reflexión sobre la representación de un color y su dualidad en el arte del metal. Sí hay esperanza. Donde hay verde hay esperanza.



Kai Gabriela

- Lagunas mentales 2020
- Homo Esophagus 2019
- Kingdom 2019

